

# Quehacer Universitario

## LAS NUEVAS TAREAS

Por Francisco Blanco Figueroa

Los pueblos se levantan y las ciudades se reconstruyen. Nuestro país, y principalmente la Ciudad de México, fueron duramente golpeados por los efectos de los sismos del 19 y 20 de septiembre. La tragedia recorrió algunas colonias y se instaló en el centro de la ciudad. La población vivió días de alarma. Un nuevo desastre se había consumado.

A muchos ciudadanos el miedo les llegó al alma. Ya no serían los mismos. Elías Canetti dijo que a nada teme más el hombre que a ser tocado por lo desconocido, pero también afirmó que sin la experiencia del miedo el hombre no sería nada. Asistir inermes al desenfreno de la naturaleza permite descubrir algo que fácilmente olvidamos: el aprecio por la vida. Esa posibilidad inmensa de sentir y de pensar. De entrelazar y de acoger. De poder participar en actos comunitarios con pasión y entrega.

Calamidades ha habido siempre. Sus secuelas son de destrucción y desasosiego. Pero, también, son experiencias inmensas, que van conformando el perfil de una ciudad y el carácter de sus habitantes. En los desastres, la oportunidad de encontrarse consigo mismo y con los demás la tiene el hombre a flor de piel. En la peste de 1529 el ayuntamiento de la Ciudad de México dictaminó que los indios bautizados fueran enterrados en la Iglesia y a los no bautizados se les enterrara muy hondo y no los dejaran tirados como era la costumbre; a quienes no cumplieran con esta disposición se les aplicaría una multa de veinticinco pesos. Duros hechos y exigua generosidad, pero cambio de actitud al fin.

El sismo despertó a los habitantes de la ciudad. Les permitió llegar a la calle y sentirse protagonistas de una ciudad abatida. Ante el caos, la organización. La expresión popular fluía a través de la sociedad. Todo mundo quería ser útil; se sentía necesario. Había que recoger a los muertos y rescatar a los vivos de entre los escombros. La labor tenía dimensiones heroicas. Surgió la solidaridad. Muchos mexicanos se entregaron a la gran tarea. Con todo, incluyendo las uñas, si era preciso. Los nuevos héroes de nuestra patria fueron investidos a medida que avanzaba el rescate y se conocía la verdadera dimensión de la tragedia. Inmensa la grandeza del socorrista que saca emocionado a una niña de días de nacida en el Hospital Juárez, mientras alrededor de los cordones de seguridad los espectadores ávidos de vida aplauden emocionados. Momentos culminantes que marcan a un pueblo y lo preparan para iniciar grandes tareas.

Un terremoto no destruye la historia de una ciudad ni el alma de sus habitantes. En 1813, José Joaquín Fernández de Lizardi describía a la Ciudad de México en los siguientes términos: "México es una ciudad populosa; su vecindario en el tiempo que estuve (que no ha mucho), podría llegar a doscientas cincuenta mil almas (si no pasaba), digan lo que quieran los padrones (que raras veces son exactos); goza un famoso temperamento, distinguiéndose las cuatro estaciones del año con moderación; siempre hallará en sus plazas flores y frutas frescas, que es como que gozara de una primavera continuada: su cielo es muy alegre; su ambiente sano; sus aguas, deliciosas; tiene trescientos noventa y siete calles anchas, rectas y no muy altas, lo que la hace estar bien bañada de luz y por lo mismo muy cómoda, vistosa y alegre; careciendo de las nulidades de la angostura, altura, oscuridad y quiebras que advertimos en las mejores ciudades de la Europa, como Londres, París, Madrid y tal vez Roma (usted perdone)". Desde entonces, han transcurrido 172 años, casi dos siglos de sobrevivencia fecunda. Los problemas se agravan, las soluciones parece que se esconden, los parámetros cambian, surgen nuevos enfoques y nuevas disposiciones, pero, siempre, el hombre se empeña en conseguir un *habitat* cada vez más humano.

Si todavía podemos apreciar las cosas bellas que están a nuestro alrededor, no



Foto: Rogelio Cukiller



Foto: Rogelio Cukiller

podemos ser más que optimistas, eternos luchadores por vivir más y mejor. Militantes de la inmortalidad, constructores de una nueva ciudad, más justa, democrática y eficiente; hacedores de canciones, de poemas y de grandes expresiones.

Los universitarios tenemos una gran tarea por delante. Por los que ya no existen, nos toca vivir con más intensidad. Debemos seguir contribuyendo a desarrollar la conciencia crítica nacional; ser propositivos, ofrecer soluciones y plantear alternativas. La solidaridad universitaria debe ser compromiso permanente con el pueblo de México. El espíritu universitario encuentra su más alta expresión en las tareas que los universitarios realicemos por la reconstrucción nacional. Hay claridad en los conceptos y definición en las metas. Los universitarios mexicanos sabremos responder a las actuales circunstancias. Que el pesimismo quede sepultado entre los escombros. Que el ejercicio de la solidaridad y el optimismo cultural nos capaciten para el cabal cumplimiento de nuestra encomienda como universitarios mexicanos. ◇



## EL PUEBLO A LA UNIVERSIDAD Y LA UNIVERSIDAD AL PUEBLO

*Por Leticia Santín*

Este es el nombre con el que denominó David Alfaro Siqueiros el mural que realizó en la Torre de Rectoría, del lado sur, su significado, que pocas veces nos detenemos a pensar, ahora es relevante ante la tragedia que ha vivido la nación a consecuencia de los sismos del 19 y 20 de septiembre.

La Universidad se puso al servicio de la nación y manifestó su más grande solidaridad con la movilización masiva de todos los que forman parte de esta institución. Más de 17 mil universitarios trabajaron durante los primeros 15 días en 2640 brigadas de rescate para ayudar a la población afectada por los siniestros. La vida universitaria se volcó ante la gente que más lo necesitó y puso a su disposición todo su potencial técnico y científico, así como el esfuerzo de los miembros de su comunidad.

Ante la inminente necesidad de dar atención médica, la UNAM estableció, desde las primeras horas del día 19, brigadas de auxilio coordinadas por la Dirección General de Servicios Médicos, a través de la cual se canalizó personal médico hacia centros hospitalarios, zonas de derrumbes y se puso a disposición de los afectados el Centro Médico de Ciudad Universitaria y las 12 clínicas universitarias localizadas en la periferia de la ciudad.

Las principales tareas de las brigadas han sido: atención médica, recolección y distribución de sangre, plasma,

medicamentos, víveres, ropa y ataúdes, análisis bacteriológicos de agua y fumigación de zonas afectadas; ayuda psicológica, reparación de equipo médico; atención de fugas de gas y prevención de incendios; rescate, traslado e incineración de cadáveres; inspección de construcciones; servicio de ambulancias e información permanente de orientación a la población.

La entrega solidaria de los universitarios a las labores de ayuda, hizo posible establecer mecanismos de enlace en muchos puntos de la ciudad. La par-

ticipación de las Facultades, Institutos y Centros de la institución en estas brigadas, se determinó a partir del área de su especialidad, además de haber colaborado en las actividades que en forma generalizada se realizaron durante esos días.

Por su parte, la participación de las Facultades de Medicina, Odontología, Medicina Veterinaria y Zootecnia y de Psicología, a partir del 19 de septiembre, consistió en labores de rescate, atención de víctimas, proporcionar material quirúrgico y de primeros auxilios, así como material de fumigación y atención psicológica. En los albergues se realizaron análisis bacteriológicos de los alimentos y del agua para consumo de los damnificados. Los equipos médicos con los que cuenta la Universidad fueron puestos a disposición de hospi-

